

## ALEJANDRO ROSSI

# UN CAFE CON GORRONDONA

A Adolfo Castañón

“Todos los escritores vomitan su infancia. Es cosa de tiempo”, nos informó Gorrondona con su antipática voz nasal. Yo me quedé helado y miré de reojo a Leñada. Aunque su piel lechosa no facilita la observación precisa, me di cuenta de que había empalidecido. No era para menos. Apenas unos días antes me había confiado lo que él llamaba una ‘modesta iluminación’: el descubrimiento de su interesante niñez. “Un tesoro”, me decía mientras los ojos le brillaban de un modo francamente exagerado, “un intocado tesoro literario”.

Yo me alarmé, porque conozco la perseverancia de Leñada: todo, todo lo lleva a cabo, nunca lo atraviesa una noble duda, una de esas vacilaciones típicas de los creadores grandes. ¿Acaso no le declaró a Enriqueta Pérez-Lobo, sí, sí, a ella misma, la innecesaria autora de *Estampas Capitalinas*, que prefería un mal libro a un buen proyecto? Una confesión insensata que provocó respuestas justas, pero pérfidas. “¡No vivimos en Arcadia!”, le grité por teléfono. “¿No te das cuenta de que estamos rodeados?” En fin, tuve que defenderlo, a regañadientes, claro está, cansado de repetir siempre la misma historia: Leñada es un solitario, un hombre quizá ya dañado por la indiferencia del público, un hombre sin fogueos en mesas redondas, es un monologuista, un maestro del hablar a solas. ¡Respeten al incomunicado, al aislado!

¿Su infancia un tesoro? Yo conocí a Leñada en los patios del Colegio, un muchacho monosilábico con los dedos manchados de tinta. Yo no olvido esa endiablada pregunta —más patética que metafísica— que repetía durante nuestros interminables paseos: “¿Qué hacemos, qué hacemos?” ¿Y para qué hablar de esos silenciosos desmayados, como de enfermería, en los que entraba cuando el Padre Ferreyra —un morenazo de dedos abiertos y ojitos móviles detrás de unas ranuras de alcañía— le solicitaba la demostración de un teorema del permanente Euclides? La literatura es invención, se lo he dicho de mil modos a Leñada, hay que ocultar la biografía, hay que esconder a nuestras gracias tías, hay que negar que fuimos al zoológico tantas veces. “¡Jamás he visto a un mono!” —le grité a la impertinente (también obtusa) Antonina Klein en aquella ya clásica batalla conceptual que sostuvimos en el Círculo *Lactancia y Creación*.

Gorrondona, por supuesto, es otra cosa. En primer lugar es repulsivo. Me refiero ahora sólo a su físico. Considérese: cabeza enorme, frente abombada, casi calvo y aún casposo, y ese corpachón sin límites claros, que se

expande en los pobres sillones como agua desordenada. “Cuerpo derramado”, lo calificó en un verso abyecto, pero que aspiraba al elogio, el invisible Jacinto Rinconera, el penúltimo discípulo de Gorrondona, según frase —sorpresivamente misteriosa— del amigo Leñada. ¿Por qué estábamos allí los tres —más la sombra de Rinconera— reunidos en el querido Café *La Media Luna*, a las seis de la tarde, la hora más dramática del día? La hora “en la que nos abandona el Rey”, como pomposamente nos prevenía, en los años de nuestra inocencia, el sonoro Gorrondona. Nuestro antiguo preceptor nos había convocado mediante una mañosa carta en la que nos invitaba a la “entrega generosa” de su “último esfuerzo para ordenar el insoportable caos”. Se refería, naturalmente, a *Entre las ramas*, Editorial “La Laguna”, 135 páginas, 1000 ejemplares más sobrantes. Un feo librito de color amarillo-verdoso, entre loro sucio y yema de huevo duro y que a la semana de haberse publicado reposaba ya, a precio simbólico, en las librerías de viejo, sección mesa de remates. La carta me sorprendió, pero no me encandiló. Yo tenía la esperanza de no volverlo a ver después de aquella horrible discusión —hace dos años y seis lunas, como diría el romántico Leñada— en la que Gorrondona, ya sin argumentos y con los dedos pegajosos de mermelada, nos espetó con rabia agónica que “la erudición nos había secado el alma”. Y toda esa alharaca porque el testarudo insistía en que *El Aliguieri* (su apodo favorito) era “en el fondo” un agustiniano. ¡Jamás lo hubiese dicho! ¿Acaso había olvidado la devoción de Leñada por Gilson? Lo perdió la soberbia: para él Leñada sólo era el ejemplo más acabado de “escritor sonámbulo” —una categoría no despreciable, lo reconozco, aunque tal vez excesivamente cruel. Bastaron dos citas puntiagudas —de *Dante et la philosophie*— para aniquilarlo. Yo sólo repetía: “Librairie Philosophique J. Vrin, Librairie Philosophique J. Vrin!” Sacó el famoso pañuelo azul, un trapo enorme que guardaba en el bolsillo

trasero del pantalón, se limpió las manos, recogió un ejemplar de la primera (y última) edición de los *Sonetos metálicos* de Rinconera y en un silencio augusto de senador ofendido se perdió —no debo dejar de citarlo— en la "áspera Babel". "Otra figura que se derrumba", fue el justísimo comentario de Leñada.

Gorrondona no olvida. En su carta-invitación (papel Bond 90 kilos, monograma vagamente gótico en el ángulo izquierdo, caligrafía marrullera) encontré, sin ningún esfuerzo, la esperada frase-vibora: "No imitemos a los resentidos elefantes". Me pregunto con espanto: ¿nunca cambiamos? Luego, el abuso de una regla de oro. Parecerá increíble, pero yo comparto con el Gran Abandonado la convicción —o axioma preceptivo— de que la sinceridad es la más emponzoñada de las fuentes literarias. ¿Acaso no lo sostuve así en el vertiginoso programa radiofónico —"Treinta segundos de reflexión"— de la antillana Gladys Rodríguez? Me choca que una bella doctrina secrete párrafos de maquillaje tan bárbaro como "agobiado por el inevitable Exitó, lobo que nos devora, desearía reunirme de nuevo con ustedes, trabajadores ignorados. Un palique íntimo, tal vez sereno, ciertamente inútil. Mi criticado amor por el contraste, lo acepto". *A maiore ad minus*: no engaña a nadie. Fijémonos bien: a Leñada podrá negársele genio para el adjetivo, pero su bondad es una estrella fija. Me arrastró al encuentro con una expresión simpática y a la vez coloquial: "Ni las moscas lo buscan".

No me gustó que Gorrondona llegara antes. Aproveché la ventaja para sentarse de espaldas a un rincón y así obligarnos a verlo sólo a él. Su vieja tesis: un mal asiento destruye al adversario. Yo le vi de entrada mala cara. Mejor dicho, le vi la mitológica 'pupila de sangre'; el ojo pendenciero y manchado. No se hizo esperar: en cuanto nos acomodamos miró al ventilador pausadamente, con expresión de padre rencoroso, como si el indispensable aparato lo hubiese desilusionado. Y luego, por supuesto, la frase artera: "Señores: el que habla, no escribe". Yo estuve a punto de dar un puñetazo en la mesa, ya había pasado el tiempo en que "bebíamos sus palabras" —según nos describió la parlanchina Pérez-Lobo. ¿A quién se refería Gorrondona? Hacía apenas siete meses Leñada había publicado —quizás sin la obligada revisión final— *Silencios*, un libro cuando menos honesto. Mi caso es distinto: en estos seis meses he trabajado en lo que llamo el 'texto esencial' o 'páginas sin morralla', tres o cuatro cuartillas de veintisiete renglones que han aparecido en varias revistas estratégicas con futuro asegurado. Pero me ganó la mano Leñada. De pronto oí su blanca voz, quiero decir, su voz de alumno valiente que no se deja intimidar. "Señor Gorrondona", dijo mi heroico amigo, "Usted exagera". ¡Un paradigma de mesura, la tersura de un lago frente a una impaciente olla borboteante! La respuesta de un justo, aunque tal vez no el mejor ataque. Yo intervine de inmediato para quebrarle la iniciativa a Gorrondona y con voz fascista ordené cuatro *express* cargados. No sé qué rara mueca hizo, a lo mejor era una sonrisa porque vi sus breves dientes. Pero cambió el tono; las ideas, claro, son las de siempre: "El final del milenio corresponderá al ocaso de la laboriosa palabra escrita y al reinado de la palabra oral, la caprichosa, la voluble, la inmanejable. Prepárese, Leñada, empiece a hacer gárgaras". Rinconera no chistaba, con cara de friolento asentía, asentía, un péndulo desesperado. ¡Se paga

cara la cercanía de Gorrondona! ¿Qué hacer? ¿Entrar en una discusión gritona y proclamar mi fe en los tranquilos cuadernos rayados, en las Pelikans eternas, en el hipnótico *Königsblau*, mi invariable color de tinta? Un color para alma grande, para textos aventureros, me hubiera gustado decirle. ¿Para qué? ¿Para oír de nuevo aquel artículo de hace veinte años sobre *Conrad y el mar*? Preferí tenderle un puente y preguntarle por su tía Dolores. "Enterrada", respondió con envidiable precisión. Y luego otra vez el bamboleo del cuerpo, ese gesto odiado que antecedió a la andanada: "Ustedes, muchachos, están enfermos de pasado". "Somos nuestra historia", replicó Leñada, demasiado escolarmente. Con eso no detenía al Búfalo. "Enfermos de pasado, Leñada. Todos buscan el álbum de familia, la foto color sepia, el niño sentado en las rodillas del abuelo severo, el perro bravo a un lado y, al fondo, la adormilada palmera. Todos quieren contarnos los fríos secretos de la institutriz, el azoro del primer día escolar, la excursión al río. Nunca falta el pedagógico canto de la cigarra durante las sospechosísimas siestas de aquel veraneo que, según ustedes, fue 'decisivo'. ¿Dónde está, dónde está, Leñada, el ruido del Presente, dónde está la Calle Contemporánea?" ¿Cómo pararlo, Dios mío? Se necesitaba una frase seca, certera, una bala cobriza entre los ojos del animal histórico. Mientras la preparaba con esmero de armero antiguo, Gorrondona —en un cambio sin duda hábil— transitó a un tono notarial, lejano y polvoso, y nos anunció, como si fuese una verdad de insuperable repugnancia, que "Todos los escritores vomitan su infancia". Y, sin dejarnos parpadear, profetizó sin piedad: "Es cosa de tiempo".

Nos tomó por sorpresa. Viejo carnicero, Gorrondona olió la herida. Ahí estaba, impaciente y goloso. Sacó el pañuelote azul y se limpió las manos. El sudor de los traidores. Me di cuenta de que Leñada naufragaba. ¡En qué trampa habíamos caído! Me dolía, sobre todo, la 'intimidación violada', expresión usada por mi amigo en un relato de fama escasa y de título asfixiante: *Entre paredes*. Defendía allí el sagrado derecho al 'santuario propio', el lugar —me pareció entender— de los recuerdos más privados, sitio mágico que guarda 'los hilos esenciales de nuestra vida'. Está bien, debe haber de todo, lo acepté sin comentarios. Leñada es un muchacho serio, un escritor de "vivencias elusivas", como lo describió, con tanta gracia, el candoroso vasco Jauregui. Sí, Leñada es frágil y Gorrondona se había acercado al tembloroso santuario. ¡Si hubiera visto ese álbum de fotografías! Yo me pasé tres horas observando cómo Leñada crecía, con rizos, sin rizos, siempre con la cara triste. Había una terrible: de ocho años con un enorme helado en la mano izquierda y detrás un somnoliento lago de mal poeta modernista. El abuelo no me gustaba: boquita didáctica, ojos de subalterno agraviado y un vanidoso botón de oro en el ojal. ¡Ya me imagino esos paseos explicándole al pobre niño por qué la Patria zozobra! Y por ahí también había un rifo, perdido en una empalagosa primera comunión, con una cara de canalla declarado. No quedaba más remedio que cambiar el tema. Murmuré algo sobre la 'inmanejable infancia' a efectos de transición y le pregunté a Gorrondona —a bocajarro, como nos entrenó el Profesor Santos, inolvidable algebrista gallego— si le interesaba la Metafísica. Torció la boca, pero mordió el anzuelo. "Sueños de monjes", fue su franciscana respuesta. Leñada, que carece de instinto teatral, terció cuando debía

callar y produjo en el peor momento una frase peligrosísima: "La Metafísica", anunció el inocente, "ordena nuestras perplejidades". Y, claro está, le cayó el mazazo: "Leñada, Usted confunde el asombro legítimo con el pasmo. Un error conocido. Lo primero engendra un respetable presocrático, lo segundo un ontólogo de barrio". Gorrondona —¿falta repetirlo?— es un hombre acabado, yo he afirmado, no sin audacia, que es un "elefante aterrado por una abeja". Nunca, sin embargo, he puesto en duda su continuo rencor. Simuló cansancio, cerró los ojos y se bebió un notable vaso de agua con la concentración de un diabético. Después empezó a mascar los hielos. Con una avidez chocante, diría yo. Miró a Rinconera y le preguntó sin entusiasmo: "¿Usted cree que el mundo es misterioso?" El poeta levantó las cejas hasta donde pudo y respiró hondo, quizá demasiado, no era para tanto. "Convengo con Ustedes" —mintió el Crítico con voz tormentosa— en que hay cuatro o cinco enigmas básicos. Tal vez sólo cuatro. ¡Debemos respetarlos, Señores! Lo que no admito —¿entiéndame bien, amigo Leñada!— son los falsos acertijos. Lo inaguantable es la estupefacción sistemática. Para Usted todo es misterioso: ante una taza — aunque sea de peltre— se declara incapaz de entender al Universo. La manzana —¡la ma-ra-vi-llo-sa man-za-na, Leñada!— no es en modo alguno un "ente extravagante". Sí, sí, así lo afirma Usted en *Silencios*, su llamada monografía. Acepte un consejo: recoja la edición, al cabo es limitada. Eso me dicen". Cuando por fin calló, entendí aquello de la 'ferocidad de la agonía', esos moribundos que aprovechan los últimos minutos para soltarle cuatro frescas a la inminente viuda. ¡Señor, rogué, que no se le ocurra discutir ahora el desdichado "dilema del espejo", tema inseparable de Leñada! Según mi amigo, el espejo es la puerta hacia el abismo, el "objeto escéptico" por excelencia, como se atrevió a escribir en la página 24. La manía, por

desgracia, es vieja. Hace un par de años llegué a su casa exhausto después de una esgrima sin cuartel sobre un asunto urgente y enrevesado: ¿Es lineal el progreso? Quería sentarme, beberme un vaso de agua mineral, observar las burbujas, preparar la pluma para el siguiente día. Pero en cuanto abrí la puerta, Leñada me recibió con una pregunta casi policiaca: "¿Qué hay detrás del espejo?" Leñada —¿ya lo habré dicho?— es un escritor inquieto, un experimentador un poco frío, un vanguardista fuera de época, eso lo admito. Lo horrible es que especule. Llevo meses informándole que el rostro que se refleja en la luna de su bondadoso ropero de nogal es el suyo. Sólo el suyo, el 'otro' —aunque se emperre Leñada— no aparece. El insiste, sin embargo, en que el espejo "hace trizas la identidad". Lo convencí, por lo menos, de que ese mueble nacional no era suficiente para "superar la lógica aristotélica".

Hay que tener paciencia. Hay que darle tiempo al amigo, a veces los defectos son transitorios. Todo escritor, me dije con pavor, pasa por su momento filosófico y quisiera, con la desesperación de un tartamudo, articular una aburrida teoría. Leñada —¡lo aseguro!— saldrá del pantano teórico. Durante unos instantes me había olvidado de Gorrondona. Sentí de pronto que me miraba con una intimidad desagradable. El Crítico, fiel a sus instintos, buscaba mi complicidad. Con la cucharita comenzó a raspar el fondo de la taza y a comerse el azúcar endurecido. La frase, por suerte, me vino como un relámpago: "*Silencios* —dictaminé con la autoridad de un condensado a muerte— es un libro exploratorio". Gorrondona, quizá ya agotado, se puso la bufanda al cuello y empezó a levantarse entre chirridos de la silla y suspiros aparatosos. "¿Exploratorio?", oímos que preguntaba el eterno amargado. Nadie le contestó, por supuesto, pero yo vi en los ojos de Leñada una chispa reconfortante: la tradicional y honorable sed de venganza. ●